

Ojala, Catolicos, se nos manifieste esta divina luz en toda su extension: ah! es verdad, que este amoroso Salvador, para unos es salud, y para otros ocasion de ruina, como decia el Santo viejo Simeon; pero no atendamos ahora à estas tristes ideas: yo me persuado, à que estoy hablando con unos Christianos, dispuestos à aprovecharse de la Redencion, que el Salvador nos proporciona.

Conformaos, pues, Catolicos, con el espiritu de la Iglesia: purificaos con las lagrimas de la penitencia, y con el sagrado fuego de la divina caridad; porque habiendo pasado de este modo el tiempo de nuestro destierro por el agua, y por el fuego, segun la expresion del Real Profeta, llegaremos al lugar del refrigerio, y del descanso: *Transivimus per ignem, & aquam, & eduxisti nos in refrigerium.* Esta es la suave esperanza, que nos dá la Iglesia, quando nos ponemos à los pies de sus Altares, en los que con el resplandor, y pompa de sus ceremonias nos representa una corta idea de la mansion celestial: en aquella morada se cumplirá, Catolicos, la profecia de Isaías acerca de nuestro Divino Redentor; allí llenará de inefables delicias à los que huviesen gemido, y llorado acá en la tierra: una corona resplandeciente de gloria será la recompensa de la ceniza, que en este mundo havia servido à nuestra humillacion: finalmente, consumandose allí nuestra justicia, alabaremos, amaremos, bendeciremos, y glorificaremos eternamente al Autor de estos inefables Misterios. Amen.

SER-

## SERMON

### PARA EL DIA DE SAN JOSEPH de Leonisa.

*Laudemus viros gloriosos. Eccles. 44.*

Celebremos à los hombres famosos.

**L**A Iglesia, Señores, acaba de publicar la santidad, aprobar los prodigios, y eternizar la gloria de dos Heroes Christianos: sagrados Ministros del Evangelio, ya podemos tributar respetos à estos dos ilustres varones, pues nos permite este obsequio la decision de los Soberanos Pontifices, y sus oraculos justifican nuestros elogios: *Laudemus viros gloriosos.*

El mundo incredulo mira con desprecio estas augustas ceremonias, con que la Iglesia presenta al universo el heroismo de la santidad; y el negar el mundo sus respetos à las virtudes de los Santos nuevos, es porque estas son nueva condenacion de sus vicios.

La justicia, y el agradecimiento han movido à la Iglesia à colocar en nuestros Altares à los Santos Fidel de Sigmaringa, y Joseph de Leonisa: la Iglesia, como justa, debia un testimonio autentico à los exemplos de su humildad, obediencia, y caridad: la Iglesia, como agradecida, debia recompensar el extraordinario zelo, con que defendieron

SUS

sus intereses, vengaron su gloria, y dilataron su imperio.

San Fidel coronó el mas peñoso Apostolado con el mas glorioso martyrio: San Joseph sobrevivió à su martyrio, para exercitarse felizmente en un segundo Apostolado: éste debiera ser, Catolicos, el asunto de mi discurso, pues son estos los dos Heroes, à quienes en presencia de los Altares, debiera yo tributar oy un solemne obsequio de alabanzas: *Laudemus viros gloriosos.*

Pero no me atrevo à tanto, porque abrazar dos objetos, baxo un mismo panegyrico, seria molestar vuestra atención: y así, San Joseph de Leonisa será el unico objeto de este discurso: y entre los infinitos pasages de su vida, dignos de la mayor admiracion, me valdré de uno solo para materia de este elogio; es verdad, que en él se comprehenden todos los demás.

Un hombre, Apostol despues de su martyrio, es la idea que mas se adapta à nuestro Santo; y ésta será el asunto de mi oracion: San Joseph de Leonisa consiguió el mas singular martyrio à costa de inmensos trabajos; éste será el primer punto: San Joseph de Leonisa sobrevivió à su martyrio, para entregarse à trabajos mas penosos; éste será el segundo: y debiendo recurrir al Padre de las luces para pedirle que me comunique su gracia, à fin de que à todos sea util mi discurso, pongamos por intercesora à Maria, saludandola con el Angel. AVE MARIA.

PUN-

## PUNTO PRIMERO.

A Caso estareis ya dudando, Señores, si es justo el titulo baxo el qual propongo al Santo, cuyos triunfos celebra oy nuestra madre la Iglesia: acaso estareis diciendo, que apropio à San Joseph de Leonisa la gloria del martyrio, que aunque muy deseada de su corazon, no se dignó el Cielo concederle: es indubitable, que murió sin expirar entre los suplicios; pero ah! advertid, que su destino es mas terrible, que la misma muerte: víctima de deseo, será verdaderamente Martyr, sin dexar de vivir: ved, Señores, la prueba de esta verdad en las primicias de su Apostolado en el mundo Christiano, y en los frutos de su Apostolado en el mundo Infel.

Examinemos primeramente, sus acciones en el mundo Christiano: la Italia, testigo de su nacimiento, lo fue tambien de su educacion, de sus primeros trabajos, y de sus primeras victorias: passo en silencio el extraordinario prodigio, de haberse visto la cuna de nuestro Santo, siendo aun tierno niño, cercada toda de resplandores, y rayos, que anunciaban su futura grandeza: apenas sale de las faxas, quando todos admiran su alma adornada de mil virtudes: la caridad, el agrado, la penitencia, son las primeras armas, que opone à los enemigos de la Iglesia: antes de combatir al mundo con su doctrina, ya le vencía con su santidad.

La santidad es un feliz presagio para el Apostolado: Joseph de Leonisa apenas se contempla dis-

discipulo de la perfeccion, quando ya resplandece como maestro, instruyendo à otros en una edad, en que los demás apenas son capaces de ser instruidos.

La casa de su padre fue el primer theatro, en donde se ensayaron su paciencia, y su zelo: admiraba el piadoso padre en su pequeño hijo, un Heroe de la mortificacion, un protector de los pobres, y el espíritu, y corazon de un Apostol: no tuvo el consuelo de ver los milagros, que se prometia de tan tempranos frutos; porque pagó muy presto el comun tributo à la naturaleza: murió Desiderio, y todo se mudó para Joseph à excepcion de su virtud.

Pasa nuestro Santo à Viterbo, y la fama de su eloqüencia le abre el camino de la fortuna; pero en vano le lisongea el mundo con sus promesas, porque escondido Joseph en el seno de una voluntaria pobreza, busca en ella su verdadera felicidad, conociendo, que aunque el mundo la promete, nunca llega el caso de darla.

Una nueva reforma del Orden de San Francisco de Asis era entonces, como tambien lo es oy, edificacion, y consuelo de la Iglesia: en ella se halla la abnegacion Evangelica, en el mas alto grado: en ella, unos hombres, animados del Espiritu Evangelico, asombran al mundo con los rigos de una exemplar penitencia, y con los prodigios de un zelo desinteresado: la humildad es su distintivo; la caridad no conoce en ellos mas limites, que los del universo: la heregia los acusa, y calumnia, porque en ellos considera, y teme unos

hom-

hombres de una fé repetidas veces probada, y siempre firme: son à un mismo tiempo los mas humildes hijos de la Iglesia, y sus mas zelosos defensores: miran como su mayor elogio las burlas, y los desprecios del error; pero yo no los tendria tanto respeto, si tuvieran menos enemigos.

Ya le parecia à Joseph, que tardaba el tiempo de unir sus fatigas à las de este Pueblo santo: el Cielo le llama; el fervor le guia; determinase el dia del sacrificio, y la víctima vuela à el Altar.

¡Oh, Providencia, que diriges los pasos de Joseph! ¿àcia donde le guias? A Asis: ¿qué escuela esta para un discipulo de Francisco? Asis, donde empezó à resplandecer la gloria de Francisco, y donde se perpetúa su espíritu, es adonde Joseph vá à estudiar el espíritu de este Santo Patriarca: le estudia, y le copia, y casi à un mismo tiempo es mirado de su Orden, como su esperanza, y su gloria: une en sí el talento, y el zelo de los hombres Apostolicos: qualquiera discipulo de Francisco debe ser un Apostol.

Me parece, estoy viendo à un Bautista, cuyo zelo, dispuesto en el silencio del retiro, se manifiesta por ultimo à la vista de la Judea, que le admira, y persuade à los Pueblos, à que caminen por las sendas de la penitencia, sirviendoles él mismo de guia.

Sin duda causaria admiracion à todos, el que yo representase à San Joseph de Leonisa en el principio de su carrera, dominando los espíritus, moviendo los corazones, siendo arbitro de la eloqüencia, sin desperdiciar sus tesoros, sencillo con mag-

Tom. I.

Kk

ges-

gestad, intrepido en pintar el pecado, sin ofender al pecador: encantarian los talentos de un Orador, que procediese de este modo: se veria con grande edificacion, correr las lagrimas de los Pueblos, que es la mas gloriosa recompensa para un Orador Christiano.

Pero quiero por ahora seguirle à su misma Patria Leonisa. Allí, en donde nadie es Profeta, mueve la admiracion de todos sus Ciudadanos con la eficacia de sus discursos: todos à una voz publican sus talentos, y ensalzan su gloria: ¿qué tentacion esta para el amor propio, si este pudiera tener lugar en el corazon de nuestro Santo? Pero no; estos aplausos, que para otros son tan lisongeros, no mueven à Joseph; antes asustan su modestia, y usando de un extraordinario artificio, se venga de los publicos elogios, que le tributan: este hombre, Oraculo de los Predicadores, desciende à el ultimo grado del ministerio Evangelico: el Maestro de los Sabios se dedica à instruir à la mas ruda ignorancia; flaco con los flacos, se hace niño con los niños, enseñandoles la virtud, despues de haver desarraigado los vicios de los corazones de sus padres: los hombres grandes saben acomodarse à todos los hombres: su humildad ensalza su gloria; la fama, que havia adquirido nuestro Santo en el ministerio de la predicacion, le hacia superior à todos sus contemporaneos, pero su humildad le hacia mirarse como el menor de todos: es aquel hombre admirable, de quien habla San Geronymo, aquel hombre, que huyendo de los honores, adquiere mayor gloria: *Fugiendo gloriam, gloriam merebatur.*

¿Pe-

¿Pero es posible, que la Providencia solamente ha de proporcionar felicidades à nuestro Santo? Ah, Catolicos! Sabed, que le esperan mil contratiempos: ha de tropezar con muchos espíritus rebeldes, y con muchos corazones insensibles; pero cuidadoso solamente de su salvacion, no atenderá à sus propias desgracias: su modestia fue superior à sus victorias, pero no lo fue menos su constancia à las desgracias.

Esta constancia se manifestará en las mas dificiles empresas: oid, Señores, un caso extraordinario: un cruel Tyrano se deleytaba con el barbaro placer de oprimir à un Pueblo, del que debia ser protector, y padre: à la sombra de su fortuna se ocultaban sus delitos: ¿os parece, Señores, que seria verdaderamente feliz? No por cierto; porque ningun hombre, aunque sea dueño de todo el universo, puede librarse de los remordimientos de su propia conciencia: el hombre culpado tiene dentro de sí mismo un invencible obstaculo para su felicidad.

De este modo se explica nuestro Santo: su penetrante voz se vale de todos los medios, que le inspira su zelo, para ablandar aquel corazon de bronce, y disponerle à que piense con mas humanidad: le pinta con los mas vivos colores el retrato de un tyrano, el triste estado de sus Pueblos, las murmuraciones del mundo, y la venganza del Cielo: sin duda le convence, pero no por eso triunfa. El zelo de un Apostol siempre irrita al hombre ciego en el delito: Ah! el que no atiende à los remordimientos de su propia conciencia, tam-

Kk 2

po-

poco hace caso de las reconvenções.

En un Ministro de los Altares halló nuestro Santo otra prueba de esta verdad: un Ministro, indigno de serlo por la depravacion de sus costumbres, llegó à ser el escandalo de toda una Ciudad, y oprobrio del Sacerdocio: añadia à los desordenes de un corazon corrompido, las ilusiones de un espiritu incredulo: ¿qué no hace nuestro Santo por sacar del poder de la iniquidad à este Ministro prevaricador? Le trata con prudencia, y le impugna con valor; ¡pero qué poder tiene el mas santo zelo, contra un hombre que no teme sacudir el saludable yugo de la Religion! En vano se esfuerza Joseph: su noble, y santa libertad no tiene otra recompensa mas que desprecios, ultrages, y amenazas: no permita Dios que cayga sobre este infelíz el rayo vengador de la divina justicia, ¡quántas veces la resistencia à la voz de un Apostol ha dado motivo à las mayores desgracias! El que no desea su felicidad, merece ser desgraciado: este fue el oraculo que pronunció San Joseph de Leonisa, el que no tardó mucho tiempo en cumplirse.

Por medio de otro oraculo semejante, procura Joseph, aunque en vano, reducir à los estrechos limites de su profesion à cierta persona, que gustaba de divertir las molestias del retiro con las conversaciones del mundo profano: Virgen insensata, joven incapáz de reflexion, tú juzgas que en tu imprudente conducta no se halla mas que un inocente placer; pero advierte que Joseph descubre en ella un funesto desorden: casta paloma, te dice, mira que está muy cerca el tiempo de que expire tu fu-

ror:

ror: llegó el caso, Señores, de verificarse esta triste profecía; y aquella cuya virtud parecia invariable, y superior à los peligros, cayó, rompió sus cadenas, salvó las sagradas barreras del Santuario, y acabó, sacrificando escandalosamente à las llamas de una infame pasion, la inocencia, el honor, la rectitud, y la Religion.

De este modo permitís, ò gran Dios, que se desvanescan las mas sublimes empresas de los Santos para probar su virtud: los Profetas, y los Apostoles no siempre contaron sus combates por sus victorias: Elias confunde à Achab, pero Achab no se muda: Pablo hace que resplandezca la luz à la vista de Felix; pero Felix rehusa ver la luz: las desgracias del ministerio, no minoran el merito del Ministro: si un Apostol fuera siempre arbitro de los corazones, seria mirado como un Dios: las desgracias dan testimonio de que el Apostol es hombre, y al mismo tiempo prueban su virtud: aun quando no tuviera mas que decir en gloria de nuestro Santo, me parece que con estos exemplares quedaba suficientemente manifestado el heroismo de su virtud; porque sin duda es necesario tenerla muy grande para ser siempre superior à los contratiempos del Apostolado.

Pero aunque igual nuestro Santo à los hombres Apostolicos, tanto en sus felicidades, como en sus desgracias, no hallaba descanso, ni entre los laureles, ni entre las espinas: determina llevar à las Naciones la gracia que rehusa Israel: del mundo Christiano pasa Joseph al mundo Infel: el uno havia ya recogido las primicias de su Apostolado, y el otro admirará su consumacion.

El

El Cielo explica sus intenciones; la vocacion de nuestro Santo se manifiesta: los Superiores expiden sus ordenes, y Joseph se pone en camino: llevado sobre las alas de la obediencia, desafia los peligros del mar, manda à los vientos, y à las olas, calma las tempestades con su poder, llega, y establece su domicilio en el floreciente Imperio Mahometano: del fervor que le animaba se puede juzgar por las dificultades que tuvo que vencer.

Un monstruo, y no un Principe era el que por aquel tiempo ocupaba el Trono Othomano: Amurates III. hijo, y sucesor de Selim II. à quien un enlace de vergonzosos excesos llevó anticipadamente al sepulcro, gobernaba el Imperio, hallandose en él todos los vicios del padre, sin que hubiese heredado ninguna de sus buenas prendas.

Incapáz de respetar los vinculos de la sangre, sordo à la voz de la naturaleza, sacrificó en un mismo dia siete hermanos, que fueron las primeras victimas de sus recelos: Principe inconstante, cobarde, è irresoluto; sepultado en el seno de los deleytes; inclinado à la guerra, mas por crueldad, que por valor; guiado del interés; acosado de la desconfianza; escrupuloso observador del Mahometismo, è implacable enemigo del nombre Christiano: siempre obstinado en su supersticion, y en su odio, mas por flaqueza de espíritu, que por principios de Religion; sus menores defectos eran la ingratitude, y la avaricia; su retrato era el mas horrible conjunto de todos los delitos; y mas propriamente le convenia el nombre de azote, horror, y oprobrio de la humanidad, que el de hombre.

Por

Por el caracter de este Principe se puede hacer juicio de quál seria el de su Pueblo: Pueblo ambicioso, guerrero, cruel, avaro, sectario supersticioso de una ley fundada por un impostor, y establecida à fuerza de armas: debió sus progresos esta ley à una feliz temeridad: la credulidad quedó engañada; el corazon, interesado en las preocupaciones del entendimiento, adaptó, y siguió un sistema que tanto se acomodaba à las pasiones de los hombres: estendióse la supersticion, la sensualidad adelantó los limites de su Imperio; y el hombre creyó eternizar sus placeres, haciendo que le sobreviesen sus pasiones.

¿Qué felicidades podia esperar un Apostol en el centro de la sensualidad? ¿Abrazará el Christianismo un pueblo, enemigo declarado de los Christianos? ¿Quién podrá persuadirle que en otra Religion será mas feliz que en la suya?

No obstante, San Joseph de Leonisa empieza en Constantinopla su penoso, y dificil ministerio, ¡oh, Dios mio! depositad en él los tesoros de vuestra gracia: dad à sus discursos una eficacia à la que nadie pueda resistir: hablad, Apostol Santo, oygase la voz de vuestros Oraculos en esa soberbia Jericó: *Clama, ne ceses: (Isai. 58.)* anunciad à ese engañado Pueblo la falsedad de su ley, lo ridiculo de sus supersticiones, y el exceso de sus delitos: *Annuntia Populo... Scelera eorum*, manifestale el camino de la verdad: un hombre amparado del Cielo puede sin duda arruinar la obra de muchos siglos.

Joseph, intrepido en su resolucion, dá principio à su obra, impugnando el error: la novedad

sor-

sorprende al Pueblo: la atención de éste se muestra favorable, pero sus entendimientos, y sus razones no dan muestras de interesarse: el Pueblo, esclavo de la preocupación, no cede à las persuasiones; pero Joseph, lleno de una santa confianza, lleva hasta el Trono la antorcha de la fé: sabe cuánto puede el exemplo del Principe para con el Pueblo: si logra convertir al Principe à la fé, dá por conseguida la victoria respecto de sus vasallos: llevado de su esperanza, y animado de un santo zelo, se presenta delante del Monarca con un valor heroico: solo desea triunfar, ò morir; pero no es tiempo de que vea cumplidos sus deseos.

La suerte de aquel desgraciado Principe estaba escrita en los decretos eternos. Amurates cierra los ojos por no ver la luz del Evangelio, y se hace indigno de ella, obstinandose en sus vicios: no hallará Joseph mas que suplicios en donde su zelo le havia prometido conquistas: ¡oh, espectáculo propio de los Neronés, y Maximinos! Joseph es insultado, y despreciado: los golpes que ahora recibe son presagio de los que le esperan: es à un mismo tiempo Cristiano, Apostol, y Religioso, y qualquiera de estos titulos es suficiente para excitar contra él la mas sangrienta persecucion: todas las circunstancias anuncian su martyrio.

Las persecuciones no son capaces de suspender los trabajos de un Apostol mientras le dura la libertad: despreciado Joseph por los Infieles, vá volando à consolar à los Christianos en los calabozos.

¿Qué imagenes tan lúgubres se presentan à la idea? decir que los Christianos gimen en los cala-

bozos de los Infieles es suponer que están oprimidos con todo genero de desgracias: que son unas infelices víctimas, sepultadas vivas en las obscuridades del sepulcro. Ah! puede ser que fuese menos molesto para ellos el sepulcro, que el profundo abismo en que se hallan encerrados: penetrad, Señores, con la consideracion esas obscuras, y subterranas mazmorras inaccesibles à los rayos del Sol: allí se respira un ayre inficionado, mas propio para ocasionar la muerte, que para conservar la vida: ved qué es lo que se halla dentro de esos calabozos, unos hombres pálidos, y desfigurados; ò por mejor decir, unos esqueletos vivos: el peso de sus cadenas es para ellos el peso mas tolerable: la reflexion de sus desgracias es lo que mas los molesta: parece que ahora conocen mejor el precio de la libertad, por el cruel dolor de haverla perdido; el espectáculo de los suplicios, que siempre tienen à la vista, es para ellos mas terrible, que la misma muerte.

Me parece, Señores, que me hallo à las puertas de aquellos tristes lugares; que una Guardia terrible prohíbe la entrada à todos los que llegan, y que oygo hablar à San Joseph de Leonisa de este modo.

¡Oh, Pueblo digno de mejor suerte, suspende un momento tus justos temores! Christianos, sabed que estais oyendo la voz de un Cristiano, que viene à enjugar vuestras lagrimas, y que para vuestro alivio quisiera que dividiéseis con él vuestras desgracias.

Habla Joseph, pero las lagrimas suspenden el curso à su voz; quiere con sus obras acreditar sus

expresiones: no se contenta su generoso corazon con proporcionar à aquellos infelices, utiles socorros: se ofrece à sacrificar por ellos su libertad, y su vida; quisiera morir en aquellos oscuros calabozos, por sacar de ellos à sus hermanos; quisiera enjugar sus lagrimas à expensas de su propria felicidad: muriera contento por ellos, para que ellos viviesen à Jesu-Christo.

Heroyca caridad! todos la admiran, aunque no condescienden con su intento, pero aunque los Tyranos le rehusan este favor, él mismo se le sabrá proporcionar: desafiará en algun modo à la muerte en aquellos tristes dias en que el terrible azote de la peste derrama por toda Constantinopla la inquietud, el desconsuelo, y la desesperacion.

No esperéis, Señores, que yo os haga una de aquellas pinturas en que la imaginacion subministra los mas vivos colores para explicar los delitos de los hombres, y las venganzas de Dios: vosotros mismos, Catolicos, os podeis figurar el ayre obscurecido, è impregnado de espesos vapores: los Pueblos acometidos de un sutil veneno: podeis imaginar que el contagio corre con tanta rapidez como el viento que le lleva: en todas partes no se vé mas que el terror, y la muerte: ya no se conocen el amor, y la humanidad, la caridad teme, y la Religion calla: el amigo no conoce à su amigo; los hombres huyen de los hombres; las casas se mudan en sepulcros, y Constantinopla queda convertida en una vasta soledad.

Pero, Catolicos, apartad vuestra vista de estos horribles retratos para fijarla con mas atencion en San Joseph de Leonisa. Este Heroe invencible desafia

los peligros, y él solo desempeña el ministerio de muchos Apostoles: ¿os parece, Señores, que llegará el caso de que sea víctima de su zelo? Sin duda alguna, porque las malignas influencias no respetan à la virtud: este hombre, que era el consuelo de los Pueblos, queda herido: ¿es posible, Dios mio, que haviendole destinado para dar salud à tantas almas, no hayáis de conservar con particular cuidado su propia salud? Vos, Señor, probais à vuestro siervo, segun los rigores de vuestra justicia; pero tambien le pondrá la corona vuestra misericordia: *Ego percutiam, & ego sanabo: (Deuter. 32. 39.)* yo heriré, dice el Señor, y yo mismo sanaré.

No sé, Catolicos, qué cosa diga que me admira mas, ò la sabiduria de la providencia, ò la constancia de Joseph: aunque los elementos se conjuren contra él, hay dentro de Joseph una virtud, que triunfa de los elementos conjurados; virtud que hace al Cielo una especie de violencia: ¡oh, prodigio! el Dios de los castigos, se manifiesta como Dios de los consuelos: la misma mano que hirió à Joseph, cura sus llagas, y le conserva para su patria, y para la Iglesia.

¿Pero es posible que nuestro Santo solamente se ha de librar de este primer martyrio, que le amenaza, por conservarse para otro mucho mas cruel? Dios cesa en probarle, y los hombres empiezan à perseguirle.

Quita nuestro Santo al Mahometismo una de sus mas importantes conquistas, en un Arzobispo, que apostatando infamemente del Christianismo, havia levantado el mas illustre trofeo à la gloria de Ma-



homa: Ah! ¿y qué difícil es restituir al conocimiento de la verdad à un hombre à quien el interés pudo mover à abandonarla? Por el furor con que el Mahometismo se venga de esta injuria, podeis conocer la calidad del triunfo de Joseph: los sentimientos del enemigo son las señales de la consecuencia de la victoria: acusan à Joseph, le prenden, y le encierran en una profunda mazmorra: espera en aquel lugar de espanto el decreto de muerte: pronunciasse éste desde el Trono: preparan los Jueces un nuevo suplicio; suplicio ignorado hasta entonces de la ingeniosa crueldad de todos los Tyranos; un suplicio proporcionado al horror que los Mahometanos tienen al Christianismo.

Para explicar un nuevo genero de martyrio, son necesarias nuevas expresiones: penetran sus carnes con agudas puntas de hierro, sin abrir un canal universal à la sangre: à un mismo tiempo clavan, y cuelgan su cuerpo: por una parte dexan éste expuesto à las injurias del ayre, y por otra le atormentan con fuego lento, sin consumirle: tres dias continuos tienen presente al pueblo este barbaro espectáculo: la humanidad se horroriza, pero Joseph permanece inalterable: convierte aquella hoguera encendida en cathedra de la verdad, y desde allí manifiesta al pueblo la santidad de la Religion Christiana: la constancia de un Martyr es una de las pruebas mas convincentes de la fé.

Pero ya se rinde la naturaleza, y se consume el sacrificio; la muerte vá à privar à la verdad de su Apostol: dentro de un instante espirará Joseph: pero ah! una mano invisible quita à la muerte su vic-

víctima, y la libra del poder de los Tyranos: Joseph es restituido à la Religion, que ya se gloriaba de mirarle como Martyr suyo; pero aunque triunfa de la rabia de sus enemigos, es solamente por conservarse para mayores combates.

San Joseph de Leonisa mereció el mas singular martyrio por sus inmensos trabajos; pero sobrevivió à su martyrio, para sufrir otros mayores.

### PUNTO SEGUNDO.

UN hombre que sobrevive à su martyrio por entregarse à mas penosos trabajos, que los sufre con heroyco valor, y que los corona con extraordinarios sucesos, son las señales mas magnificas que caracterizan el ministerio de San Joseph de Leonisa, y la mayor alabanza que se puede tributar à su memoria.

El primer siglo de la Iglesia vió con admiracion à un Heroe Christiano librarse del furor de los Tyranos, à pesar del fuego destruidor, y vencedor de la muerte, si es licito decirlo asi, volar en alas de la caridad, por el trabajoso camino de un nuevo Apostolado.

Felices dias de la primitiva Iglesia, parece que renaceis en el siglo decimo sexto: en Joseph de Leonisa reproducís un segundo Juan Evangelista: parece que sus heridas, todavia recientes, dan à su voz una fuerza victoriosa: la Isla de Pathmos se hace Christiana por el ministerio de San Juan; y por el de San Joseph de Leonisa toda la Italia muda de semblante: su fama vuela con mas velocidad que los vientos que le conducen.

No